

VIII CILE**30 de marzo de 2019****SOLEMNE SESIÓN DE CLAUSURA****JOSÉ LUIS MOURE**

Presidente de la Academia Argentina de Letras

La autorreferencia es una inclinación más o menos permanente de los hombres (y de las mujeres), acaso en ingenua procura de agrandar el protagonismo que creemos que la vida nos debe. Y cosa ligeramente diferente es la evidencia de que a cierta edad es muy difícil sustraerse a la tentación de ponerse autobiográfico. Yo no voy a desperdiciar la oportunidad que me da el contar con un público cautivo para entregarme -brevemente, anticipo- a la satisfacción de una y otra debilidad.

En 1964 se realizó en Buenos Aires el IV Congreso de Academias de la Lengua Española. Yo me evoco con mis 15 años de entonces, recorriendo las páginas del diario *La Prensa* y leyendo notas y entrevistas referidas al acontecimiento, con declaraciones de los académicos José Oría, Arturo Capdevila y tantos otros. Eran épocas en las que los periódicos se ocupaban de esas cosas. Recuerdo mi sorpresa ante el relato de una conversación con Henry Besso, intelectual de la comunidad sefaradí residente en Nueva York, y ante la reproducción de un viejo texto escrito en judeoespañol con caracteres hebreos, que conservé mucho tiempo. Ese extraño itinerario de nuestro idioma, esa capacidad de sobrevivir y expandirse aun en circunstancias adversas, pero sonando siempre como la lengua de mis padres españoles y también como la mía, americana, argentina y porteña, o como la que yo imaginaba en boca del juglar del Cid, de Cervantes, de Calderón o del mismo general San Martín que da nombre a este teatro (el “abuelo Pepe”, que “hablaba como gallego”, según recordaba una

tataranieta criolla), esa larguísima historia del español y de sus contrastes ejercían sobre mí una atracción que ya entonces sospeché, con acierto, que me acompañaría toda la vida.

Y como me gustan las circularidades -ese diseño imaginario de los acontecimientos a través del que esperamos entrever un designio-, las sorprendentes estaciones de un recorrido que me llevó, a través de la docencia y de la investigación, hasta la presidencia de la Academia Argentina de Letras, y hoy hasta la clausura de este Congreso Internacional, medio siglo después de aquel que me intrigaba a los quince años, han de tener un sentido que no consigo esclarecer, pero que me producen -apelo a Borges- un júbilo secreto. Haber podido alternar a lo largo de seis años con escritores y colegas ilustres, ítems hasta entonces de una bibliografía sin voces y sin rostros, haber sido distinguido hace dos años por el gobierno de Chile con la orden de “Gabriela Mistral”, haber recibido la encomienda académica de sendas ediciones de Borges y Cortázar, nuestros íconos literarios, haber compartido una mesa con el director de la Real Academia Española, con Sergio Ramírez y con Mario Vargas Llosa para presentar *Rayuela*, haber sabido anteayer que me había convertido sin esfuerzo alguno en miembro correspondiente de la Academia Norteamericana de la Lengua Española, y vivirlo aquí en Córdoba, a escasos cuarenta kilómetros de Salsipuedes, donde hace cincuenta y siete años monté a caballo, me quemé con el sol y jugué en un río por primera vez, donde aprendí la palabra “piquillín” y pasé varios eneros entrañables hasta 1962, rozándose cronológicamente con aquel lejano congreso que me esperaba en la memoria prefigurando el que hoy se clausura, parecen halagos desmedidos que solo consigo explicar si acepto que se han acumulado para coronar un camino de entrega, no sé si satisfactoria, pero consecuente y fiel, al estudio de la lengua que hablamos, aquella en cuya existencia me complazco, como dije en el discurso de ingreso a mi Academia.

Es momento de expresar gratitud. Vaya nuestro reconocimiento personal para Gustavo Santos, el Ministro de Turismo, ascendido a secretario, según un mecanismo argentino de promoción que fomenta la modestia, impulsor de este CILE y entusiasta pertinaz; para el señor Gobernador de Córdoba y el equipo dedicado a las áreas involucradas en esta empresa, que nos recibieron y colmaron de atenciones; para Walter Grahovac, un hospitalario Ministro de Educación; para la Agencia Córdoba Cultura, en las personas de Nora Bedano y de Nora Cingolani, que nos proveyeron, entre innumerables cosas, de transporte interprovincial y bandera; para la Agencia Córdoba Turismo, que organizó nuestros variados desplazamientos y desplegó su ejército de guías y asistentes, consagrados a explicar sin respiro las mismas preguntas y a deslizar a veces alguna contradicción buscando que la atención no desmayara; para el Intendente Ramón Mestre y para Francisco Marchiaro, secretario de Cultura de la Municipalidad; para el “equipo de coordinación” en las voces y figuras de Soledad Brizuela y de Fabio Tavares, contra cuya amabilidad y autocontrol se estrellaron toda impaciencia desbordada y todo planteo perentorio; para Marcelo García, coordinador ejemplar de este vasto proyecto desde el primer día, oidor siempre y escuchador cuando se pudo; para Elena Pérez, decana de la Facultad de Lenguas, una suerte de 911 para orientaciones de última hora presenciales y a distancia. He dejado para el final el muy profundo reconocimiento de la Academia que presido para la hermana Academia Nacional de Ciencias, en la persona del Dr. Juan Tirao, su presidente y representante de diez academias nacionales ante el CILE; de la Dra. Beatriz Caputo, su secretaria académica, y de Lucía, Sandra y ambos Matías, por habernos recibido en su espléndida sede y habernos entregado en toda hora su buena disposición y su tiempo. Con pedido de comprensión, abandono provisionalmente en la desmemoria al grupo de innominados que la urgencia de este discurso no me ha permitido rescatar. Y en una única oración final: todo nuestro agradecimiento para Córdoba, para su gobierno y su gente y para el admirable esfuerzo colectivo de una provincia que supo honrar un compromiso.

Gracias también a los miembros e investigadores de la Academia Argentina de Letras, que prestaron su colaboración y sabiduría para montar actividades que enriquecieron este encuentro, desde la presentación de libros editados por la institución, hasta un taller sobre uso de los diccionarios, un recital de poesía y una sesión pública en evocación de Leopoldo Lugones, el máximo escritor nacido en Córdoba. Gracias al ministro Alejandro Finocchiaro por haber autorizado un auxilio financiero *in extremis*. Gracias a Alejandra, que se ocupó de casi todo lo molesto y enojoso de nuestra estada, y que hizo posible que los actos de la Academia se realizaran en un marco decoroso y amable.

Y gracias a los restantes académicos americanos, quienes como siempre nos regalaron su conocimiento y simpatía, y alimentaron con sus palabras y entonaciones mi insaciable curiosidad dialectológica.

Si quisiera extender mi palabra agradecida a la delegación transatlántica, robaría el tiempo que me queda, del que advierto que ya demasiado he escamoteado. Me permitiré entonces resumirla en dos nombres: Carlos Domínguez Cintas, inteligente, incansable y refinado filólogo-editor, con quien armar el *Borges esencial* y *Rayuela* océano por medio fue un deleitable ejercicio intelectual, y Pilar Llull, cuyo impecable desempeño está ya en la mejor historia de la Real Academia Española que yo conocí. Sé que a Ud., Pilar, esta afirmación la incomoda, pero a veces es preciso ser fuerte y sobrellevar las consecuencias de lo que se hace.

Razonablemente, la audiencia estará deseando que finalice mi discurso. Pero no me iré sin hacer antes alguna referencia a la lengua, a pesar de que no otra cosa ha hecho este congreso durante cuatro días y la ciudad a lo largo de diez. Ocurre que como la jubilación me ha eximido de la bíblica maldición del trabajo y está

pronto a expirar mi mandato como presidente de la Academia Argentina de Letras, me gustaría ofrecer en este ámbito algunas reflexiones de despedida, no digo a modo de testamento (porque tampoco se trata de precipitar las cosas), sino de algunas notas y advertencias que resultan de una reflexión ahora felizmente impune sobre nuestro idioma y sobre lo que podemos y debemos hacer con él, y lo que no.

Nuestra lengua goza de salud envidiable y crece sin que pueda anticiparse un límite para su expansión. Los quinientos años de su vida americana le han deparado variedad y riqueza léxica al precio de inevitables procesos de dialectalización controlados por mecanismos centrípetos desde normas policéntricas consensuadas. No creemos en la existencia de peligros que se ciernan sobre la unidad del español, porque es la lengua que se comparte desde Alfonso el Sabio, que se ha impuesto sobre la dispersión geográfica a lo largo y ancho de una superficie inmensa, por encima de una brecha oceánica y del aislamiento interregional de los siglos coloniales primero y de las independencias nacionales después. ¿Por qué suponer entonces que la lengua corre más riesgos en esta época de comunicaciones internacionales sin fronteras a través de mecanismos de interrelación en línea sin precedentes, intensos e imparables?

Entendemos que en el cultivo de la norma modélica o ejemplar, si no se la quiere llamar estándar, que nutre y de la que se nutre la producción escrita y la literatura, radica la preservación de la unidad, porque a partir de ella se conforma e incorpora la tradición culta de la lengua. La escuela debe poner su esfuerzo en su ejercicio, tanto más regular e intenso cuanto más hostilizado por las variedades de naturaleza oral hoy predominantes. La vida intelectual que anima al hombre en nuestra cultura no puede prescindir de esa variedad alta, de sus exclusivos recursos para jerarquizar, precisar y desarrollar los productos del pensamiento. Aun la formalización científica más dura presupone un enunciado lingüístico diáfano

construido a partir de una morfología, sintaxis y vocabulario estrictos, y esos rasgos son exclusivos de una lengua sometida a norma. Es función de la escuela enseñar lo que el alumno no sabe o sabe de manera imperfecta y tomar a su cargo la enseñanza integral de la lengua modélica, ejemplar o estándar, esa variedad propia de las emisiones formales en la escritura y en la oralidad cuidada, normalizadas de acuerdo con una gramática y una ortografía compartidas, que como cualquier actividad disciplinar no espontánea, debe aprenderse con estudio, reflexión y práctica graduada. En las Jornadas Hispanorrioplatenses celebradas en Montevideo en 2013 nos permitimos insistir en que la ortografía no ha de mostrarse como un arnés esclavizante maculado por arbitrariedades, como equivocadamente y con escaso tino la quiso ver el genial García Márquez en un congreso pasado, sino como un soporte codificado, convencional y consensuado de formas con historia, afectado por ambigüedades e inconsecuencias insignificantes si se lo compara con el de otros idiomas más exitosos. Su apresurada modificación sin los debidos y unánimes acuerdos del mundo de habla castellana provocaría un inmenso daño a los usuarios de la lengua al abrir un camino hacia una más rápida dialectalización y hacia la lenta enajenación autónoma de una tradición escrita compartida.

Creemos que no es posible ni deseable ya esperar que las academias tomen a su cargo una custodia prescriptiva y condenatoria de los supuestos desvíos de la lengua al estilo de predicadores en tierra de infieles, en principio porque desde el *Appendix Probi* en el siglo IV, está visto que esa campaña nunca se ve coronada por el éxito, lo que no hace sino poner en tela de juicio su eficacia; en segundo lugar, porque con ello las academias tienden a equivocarse el verdadero ámbito de su intervención. Si admitimos que la lengua la hacen los hablantes, que la crean y conducen, no se sigue que tengamos la atribución de enjuiciarla y menos controlarla desde una institución integrada por una veintena de personas ilustradas, por alto que sea el disgusto que los supuestos errores secularmente les provocan.

Cabe preguntarse entonces cuál es el verdadero papel que una academia está en condiciones de cumplir con resultados aceptables. Entiendo que centralizar, difundir y recomendar en las instituciones educativas, en los medios y en los particulares interesados los consensos normativos que se desprenden del nivel estándar de la lengua, en brindar rápido asesoramiento sobre ellos a quienes consulten, en registrar para su análisis los cambios y su alcance, en fomentar a través de campañas y premiaciones el ejercicio de la lectura y la práctica de la escritura en todos los niveles, en procurar una más amplia representación que la que hoy se tiene de todas las literaturas nacionales en español en los programas de estudio para permitir a los estudiantes el conocimiento de las restantes tradiciones discursivas, con inclusión del léxico diferencial usual de los países hermanos para su mejor conocimiento pasivo.

Es importante que hacia adentro de las naciones que ocupan el amplio espacio de España y América, cada uno de los hablantes sepa y admita que sus usos lingüísticos responden a su propia tradición e historia y conforman inapelablemente su identidad nacional. Hacia afuera, la enseñanza de la lengua debe desarrollarse sobre la firme convicción de que el diseño policéntrico implica, bajo una norma suprarregional compartida, la legítima convivencia de una pluralidad de modalidades legitimadas por sus propias normas y tradiciones discursivas, cuyo conocimiento es igualmente bueno y deseable en tanto nos consideremos parte integrante de un mismo dominio espiritual que seguimos considerando deseable. Nuestro voseo no debe excluir el manejo pasivo del tuteo ni los usos verbales correspondientes al *vosotros* abandonado en América. La incorporación al patrimonio pasivo del amplio caudal léxico vigente en otras naciones y en otros períodos, promovida por la lectura de la gran literatura de España y América del pasado y del presente, y hoy facilitada por los cruces mediáticos, no debe ser tarea ajena a la competencia escolar sino impulsada por ella. La unidad de la lengua, si es realmente un objetivo a preservar, requerirá

menos declamaciones, más trabajo coordinado, más estudio y aprendizaje, y la generosidad de abrirse a todos los mercados lingüísticos de nuestro idioma.

Las no pocas horas dedicadas a responder las mismas preguntas, formuladas incansablemente por el periodismo de todo origen en regulares recidivas, me han convencido de que el estudio de nuestro idioma común, el español o el castellano - tanto da-, no puede permitirse el lujo de seguir haciendo rotar la noria de debates que abrigan bastante más ideología que genuina inquietud lingüística. No se le exija a la lengua de todos que encarne conflictos históricos o sociales en proceso de elaboración. He dictado Historia de la Lengua Española en la universidad durante veinticinco años y he comprobado que la libertad, que es el legítimo territorio de los usuarios y del idioma compartido, acogerá siempre sin remisión lo que la comunidad quiera decir cuando lo quiera decir, apelando casi siempre a una simplificación del sistema lingüístico y no al incremento de su complejidad.

Hemos señalado con insistencia que el panhispanismo no puede ser un proyecto, porque es un atributo previo que nuestra lengua ya posee y que ha sido precisamente el factor que explica la unidad triunfante sobre la variedad, el que permite que quinientos o seiscientos millones de usuarios digamos sin atisbo de duda que hablamos la misma lengua, en la que seguimos leyéndonos y entendiéndonos. No es bueno que esa condición excepcional del español quiera inducirse mediante procesos de normalización uniformadora.

Permítanme todavía una reflexión final o mejor, una noción apenas entrevista. En este congreso tuve ocasión de asistir a una brillante exposición sobre los avances en el mundo digital en su vinculación con las lenguas naturales y la comunicación. No creo que haya sido el objetivo perseguido por el disertante, pero a su término quedé literalmente aterrorizado no solo por lo ya alcanzado sino por lo que parece proyectarse con clara factibilidad e inexplicable entusiasmo hacia el

futuro, frente al cual las más ominosas anticipaciones de Orwell se muestran como fantasías infantiles. Creo que es hora de precavernos, marchar con prudencia y empeñarnos en deslindar jurisdicciones. La administración de la lengua común no debería salir de su morada natural, que es la mente humana. Lo que hoy es curiosidad lúdica o inquietud científica (la historia lo sabe) mañana puede ser una tragedia; confieso con honestidad que no logro precisarla, pero me provoca más temor que admiración.

Y nos vamos. A diferencia de la Córdoba de Lorca, hoy la Docta ya no queda lejana ni sola.

Muchas gracias.